

# VERTICAL

## LA CIUDAD Y LOS EMBLEMAS DE PODER

Por Christian Ferrer

Publicado originalmente en el libro  
*Leandro Erlich. La democracia del símbolo* (Malba, 2015)

### I

En el principio no era el obelisco, sino la pirámide. El porte de barro y ladrillos era más bien modesto, unos quince metros de altura, pero su pujanza simbólica ha de haber sido intensa. Fue el primer monumento patrio, instalado en la Plaza de Mayo –originalmente Plaza de la Victoria– el 25 de mayo de 1811 por orden de la así llamada Junta Grande de las Provincias Unidas del Río de la Plata y con el fin de homenajear el primer aniversario de la Revolución. Erigirla era equivalente a clavar una pica. Una afirmación tectónica: se proclamaba que ningún gobernante extranjero tendría poder sobre estas tierras nunca jamás. Seccionado el cordón umbilical con la Casa de los Borbones, una nación había sido dada a luz, o bien su proyecto, que tardaría mucho en cuajar del todo. En todo caso, era el anhelo: un nuevo ombligo. La Pirámide de Mayo –primeramente llamada “Columna del 25 de Mayo”– fue levantada delante del fuerte de la ciudad, sitio de residencia de los virreyes españoles. Una vez demolido, cedería el lugar a la actual Casa Rosada. Con el tiempo, y guerras civiles mediante, la pirámide caería en el desinterés y el abandono. Hacia mitad del siglo XIX fue remodelada y coronada con una estatua, obras ambas a cargo del escultor francés Joseph Dubourdieu, quien, por cierto, también incluyó tres notorias pirámides en el friso triangular que le fuera encargado para el frente de la Catedral metropolitana y que contextualizan el reencuentro del patriarca hebreo José con sus once hermanos. Con ese grupo escultórico quería enfatizar que la fraternidad era la ley primera, desiderátum que pocas veces rigió en nuestra historia. Esa estatua en la cima –la libertad, una mujer con lanza y escudo– porta un gorro frigio, por tradición alegoría del republicanismo y de la libertad guiando al pueblo y distintivo además de los esclavos libertos en la antigua Roma. Y ciertamente, en aquel 25 de mayo de 1811 algunos esclavos fueron liberados. Se ignora porque se le llama pirámide. Tiene forma de obelisco.

### II

En la antigua Grecia existía un ser llamado Esfinge, mitad mujer, mitad felino, que se solazaba arrojando acertijos a los caminantes que se toparan con ella. Quien no lograba dar con

la respuesta correcta, era estrangulado y devorado. También las ciudades proceden así, descargando apremios y coacciones innúmeras sobre los habitantes, que las soportan a título de molestias, cuando no de agobios en toda la línea. Pero en verdad son otra cosa: interrogantes existenciales arrojados al paso que demandan una respuesta urgente. De modo que son asuntos de vida o muerte, de supervivencia cotidiana, que atañen al deseo, la desesperanza, el desencuentro, el esfuerzo que no deja fruto, los enfrentamientos interpersonales y otros tantos problemas insolubles. Inútil argüir, no hay réplica posible: la formulación de las preguntas resulta apenas comprensible, por no decir jeroglífica. Tarde o temprano los afectados barruntan que están tomando por albergue lo que en verdad es un laberinto –palabra cuyo origen se desconoce– y que sólo cabe coordinar y sincronizar las actividades de rutina. La consecuencia es el malestar y la angustia. Para que los ciudadanos no se desplomen, para que esas incógnitas puedan hacerse provisoriamente inteligibles, la urbe desdobra de sí misma recintos específicos destinados a cobijar y sosegar, siempre en forma deficiente, sino distorsionada, a conglomerados humanos esencialmente desprotegidos. Templos, estadios, salas de cine, sitios de conmemoración y “zonas rosas” dan cuenta del afán de consuelo, de la contienda por la vida, el enigma del sueño, los dramas de la historia nacional o las frustraciones de índole sexual. Se concurre a esos lugares, u otros, sean casas de juego, centros de compras o eventos de masas, con fines de alivio o fascinación pasajera antes de que la recaída en la realidad reinicie la rueda giratoria del destino.

El Obelisco es uno de esos escaques significativos. ¿Pero qué emblematiza, a qué da respuesta, si es que le concerniera tal misión? La manifiesta y reiterada remisión al señorío fálico es insuficiente –se queda corta– y la atribución de “obra pura y simple que nada simboliza” deslizada por Alberto Prebisch, el arquitecto que lo construyó, abulta el candor y se desentiende de los poderes de la imaginación pública, esa hiedra incontenible que trepa hasta lo alto de los muros verticales, sea para enaltecerlos o para resquebrajarlos. Una obra de tal magnitud, una vez incrustada, ya no pertenece a sus constructores ni a la administración municipal que la encargó o que está a cargo. Queda a merced del juicio y la fantasía del gentío reunido alrededor suyo o que se la tatúa en la retina en un atisbo del caminar. Sin duda el Obelisco es ícono elocuente –e impertérrito–. Convincente también –pero inexpresivo–. No se diría que sea motivo de meditación continua, si bien está nítidamente aceptado y acreditado además para postal o souvenir a escala. Hito turístico para gente de provincias, incluso la del conurbano, desde que principió el hábito barrial de “ir al centro”. Y mucho más, pues no cuesta imaginar que si un plato volador aterrizara en esta ciudad, lo haría justamente allí. Emergió quizás –el Obelisco– como un intruso, pero acabó consentido como inesperado brote de la familia. No sabemos si emprendimientos urbanísticos recientes, como Tecnópolis o las Torres de Puerto Madero, echarán raíces en el futuro. El Obelisco lo hizo en un instante, un poco a la manera del injerto, aun cuando desentonara con los demás monumentos y estatuas de Buenos Aires, cuyos relieves y figuras concitaban la aflicción, el respeto o la conmoción. Tampoco nos es indiferente, nada de eso. Es solo que no tiene par: es

único. Y si contuviera un secreto, lo preserva entre cuatro paredes, como la pirámide lo hace con el sarcófago.

Se cuenta que uno de los más eminentes antropólogos franceses del siglo XX, en su ancianidad, solía visitar un museo para observar largamente una piedra tallada en tiempos inmemoriales, como si allí estuviera labrada la explicación del duradero y demasiadas veces tortuoso devenir de la raza humana. Desesperante sondeo. Distinto hubiera sido que, en la Plaza de la República, en lugar del Obelisco, estuviera aposentada una esfinge. No hubiera sido inimaginable. En 1926 se publicó en Buenos Aires la versión en castellano de “La esfinge”, un poema de Oscar Wilde aparecido en Londres en 1894. Se trataba, en palabras del traductor, “de una evocación monstruosa del paganismo religioso en que se exaltan las mil formas del amor”, con lo cual quería decir que la protagonista del poema estaba ávida de sexualidad. Un año después –1895– Wilde fue llevado a juicio bajo cargos de sodomía e inmoralidad y condenado a dos años de trabajos forzados por “grave indecencia”, en tanto el traductor de “La esfinge”, el argentino Mariano de Vedia y Mitre, sería nombrado Intendente de Buenos Aires en 1932, y en calidad de tal ordenaría construir el Obelisco.

### III

El contexto institucional, en 1936, no tenía nada de ingenuo. Gobernaba el general Agustín P. Justo, escogido en un escenario electoral muy trastocado, en tanto el intendente de la ciudad, Mariano de Vedia y Mitre, designado por el Poder Ejecutivo, había participado del golpe de estado de 1930, el primero de los muchos que se sucederían en el tremendo siglo XX argentino. Se suele decir que aquella fue época de fraudes, y aunque el calificativo no logre abarcar el marco de circunstancias ni todas las concatenaciones causales, de eso hubo bastante. En todo caso, se estaban instalando las trabas e incomprendiones que harían desdichada la historia de este país. Ya al ser derrocado Hipólito Yrigoyen por el general José Félix Uriburu, a su vez sustituido por el general Justo, se sucedieron fusilamientos, confinamientos en Tierra del Fuego, persecución de radicales y anarquistas, cierre forzado de periódicos y estafa a granel en los comicios. Los que habían sido destituidos se refugiaron, infructuosamente, en la abstención electoral, de modo que el gobierno nacional quedó en manos de los beneficiarios del golpe de estado, gente que no necesariamente estaba desinteresada en modernizar el país. Considérese que, desde siempre, los arquitectos y urbanistas que se proponen transformar grandes sectores de la ciudad requieren de una alianza con un poder fuerte que les otorgue plácet.

Avenidas, ensanches, plazas, líneas de subterráneos, la costanera. Muchas fueron las obras ordenadas por de Vedia y Mitre, pero sería el Obelisco la creación que a fin de cuentas quedaría adosada a su nombre. No es casualidad que los primeros rascacielos porteños emergieran

durante su intendencia. Quizás quiso competir con ellos en nombre del Estado. En todo caso, Mariano de Vedia y Mitre era socio del Jockey Club y del Club del Progreso. Familia de nota entonces, de las que presuponían que orientar el destino de la ciudad era una franquicia de clase social. Por entonces, la apertura de la avenida llamada Norte-Sur traía aparejado el problema de la ordenación del tránsito en las tres arterias que inevitablemente se encontrarían: Corrientes, Diagonal Norte y 9 de Julio. La solución lógica era una rotonda y para engalanar su punto medial varias organizaciones y partidos políticos comenzaron a cinchar, cada cual promocionando la efigie de su prócer favorito. La Sociedad Sanmartiniana y la Sociedad Belgraniana postulaban los suyos, los radicales propugnaban a su líder místico –Yrigoyen–, fallecido pocos años antes. No iba a ser sencillo dirimir la contienda en caso de no cortársela de cuajo. No se trataba de una pugna de idólatras, no meramente: todos intuían un próximo desplazamiento de la imaginación política porteña hacia la Plaza de la República, magneto que a todo lo haría girar en torno suyo. De modo que luchaban por dar apodo a la metamorfosis.

La elección de monumentos, así como los nombres de calles y plazas, no son actos de justicia ni tampoco son inocuos, aunque al fin y al cabo la asiduidad y el paso del tiempo terminen empañando los orígenes con pátinas de medianoche. Se trata de batallas onomásticas que procuran encauzar la memoria histórica o rendir pleitesía a las “familias principales” de la ciudad o asentar la veneración de ciertos hombres públicos en detrimento de otros, incluso encumbrar algún hombre o mujer “del momento” a rango de ciudadanía ilustre o personalidad representativa. También en una estampilla o en un billete de curso legal, para no hablar de la repatriación de restos mortales, hay reyerta en nombre de la historia política de una nación. No por azar, en las calles de Buenos Aires siempre ha habido más apellidos de unitarios que de federales y más de militares que de eclesiásticos. De vez en cuando este tipo de enfrentamientos recrudece –bustos de ex presidentes no son incorporados a salas de la Casa de Gobierno, retratos de ex dictadores son dados de baja de las paredes–, si bien con el transcurrir de los años la historia se vuelve remota y un poco fría, y eventualmente naufraga en el olvido.

Pero en tanto y en cuanto las pasiones no flaqueen y se mantengan candentes, entonces se prioriza el juego de entronizar o derribar reputaciones. Las revoluciones, los golpes de estado y las asonadas populares suelen ser pródigas en cancelar o exaltar honras y glorias, sobre todo si conviene al nuevo poder de turno. Calles, pasajes, cortadas, avenidas y hasta nombres de barcos, ciudades y provincias son sepultadas por nuevos bautizos e incluso residencias enteras –la de Perón y Evita en 1955– pueden llegar a ser alisadas a ras del piso. A comienzos de la década de 1990, al momento de evaporarse los regímenes comunistas en el Este europeo, las multitudes abatieron cientos de estatuas y hasta en una base antártica rusa un busto de Lenin terminó tumbado en el hielo. Mucho antes, en 1871, la Columna de la Vendôme, erigida por Napoleón Bonaparte, fue abatida por los comuneros de París, y en 1936, al iniciarse la Guerra Civil Española, la cárcel de mujeres de Barcelona fue derribada por los anarquistas a fuerza de pico y maza. Para hacerlo

con las Torres Gemelas de New York se recurrió a un dueto de aviones. Pero cuando la ira popular, o la sectaria, una vez desahogada, se acalla, los poderes restauran sus prerrogativas.

En el caso de la Plaza de la República, Mariano de Vedia y Mitre encargó al arquitecto Alberto Prebisch, un “modernista” que alguna vez –1962– llegará a ser intendente de esta ciudad, que diera con una pronta y decidida resolución a la cuestión antes de que las presiones políticas tomaran demasiado brío. Prebisch sugirió un monumento de índole abstracta, aunque la forma obeliscal en sí parece haber sido idea de Atilio Dell’Oro Maini, secretario de la intendencia y futuro ministro de Educación de un gobierno militar. Quizás se haya traído a colación el antecedente del obelisco implantado en la parisina Plaza de la Concordia –uno que es antiguo de verdad, de la época de los faraones–, que fue elegido justamente para eludir disputas entre las distintas facciones que reivindicaban la Revolución Francesa, que de por sí, en su momento, había permutado nombres de plazas y plazoletas, de religiosos o monárquicos a nombres laicos. Prebisch no perdió el tiempo: diseñó el Obelisco en un santiamén y en apenas sesenta días estuvo terminado. El proceso de erección fue tan inusualmente rápido que pareció un truco de ilusionismo. Las obras, por decreto, se iniciaron el 3 de febrero de 1936, a exactos 400 años de distancia de la primera y fallida fundación de Santa María del Buen Ayre por Pedro de Mendoza. En el mes de marzo comenzó la faena y el 23 de mayo de 1936 quedaron inaugurados sus 67 metros de altura, 206 escalones internos y 170 toneladas de peso. Final feliz. Pero a pesar de que el poeta Baldomero Fernández Moreno lo encomiara como “espada de plata refulgente”, el Obelisco atrajo la controversia, también la mofa y el escarnio, al menos por un tiempo, e incluso el Concejo Deliberante de la ciudad, en 1939, en decisión que hoy nos resultaría inverosímil, votó su derribo, iniciativa vetada de inmediato por el intendente en ejercicio. Así que el Obelisco se mantuvo enhiesto y pronto le fue dedicado un tango, que era como recibir carta de ciudadanía. De allí en más se volvería mole ineludible, como esos menhires prehistóricos que persisten desde siempre en su lugar, indiferentes a los trajines, arrebatos y delirios de las sucesivas camadas de pequeños hombrecitos que se fueron agitando en las cercanías.

#### IV

Hubo un tiempo en que los mapas de navegación incluían el Cielo y el Infierno como lugares destacados a tener en cuenta, y a la ciudad de Jerusalén en el centro del mundo. Por entonces, antes de la secularización de Occidente, el punto más alto de una ciudad solía ser la cruz de la iglesia o bien la aguja de la catedral –y por cierto que la etimología de la palabra griega “obelisco” arrastra un sarcástico diminutivo: “agujita”–. De hecho, donde ahora está emplazado el Obelisco estuvo antes la iglesia de San Nicolás de Bari, santo patrono de Turquía, Grecia y Rusia y patrono asimismo de la liberación de los presos, siendo además protector de jueces,

banqueros, cerveceros, limpiabotas, recién casados, muchachas con deseos de casarse y también de los niños, por quienes es más conocido como Santa Claus, y cuyas reliquias fueron trasladadas –como tantos obeliscos egipcios a Europa– desde la península de Anatolia a Italia una vez que los musulmanes se hicieron con la región. En Buenos Aires, la iglesia consagrada a San Nicolás fue construida en 1733 en la calle del Sol, luego llamada San Nicolás –ahora Avenida Corrientes–, que además daba nombre al barrio, apelativo que aún se mantiene. Allí se hizo flamear, desde una de sus torres y por primera vez en la ciudad, la bandera nacional. Eso sucedió en 1812 y una inscripción en una de las paredes del Obelisco recuerda el acontecimiento.

En esos tiempos se creía a pie juntillas que el mundo era obra del Creador y por lo tanto las iglesias eran construidas para amparo de la comunidad y espera de la eternidad, pero la de San Nicolás, edificada con ladrillos, fue demolida justamente para hacer lugar a un coloso de cemento de raigambre politeísta, decisión que no deja de ser irónica, pues en su época San Nicolás fue enemigo de los cultos paganos y hasta mandó destruir un templo dedicado a Artemisa, hija de Zeus olímpico, la diosa griega de las vírgenes, la fertilidad y los partos. Curioso: la iglesia porteña de San Nicolás acogió por unos años a las monjas capuchinas y a su vera había sido instalado un refugio para “doncellas”. Se diría que superponer un obelisco sobre una iglesia señala, simbólicamente, el pasaje final de una urbe religiosa, de raíz hispánica, a una ciudad laica regida por hombres de mentalidad liberal, la cría de la así llamada “Generación del 80”, quienes en su momento no vacilaron en expulsar de la Argentina al nuncio papal, sin aceptar su regreso por largos 16 años. Pero más cierto es que los proyectos de racionalización de las metrópolis, es decir la destrucción de los tejidos urbanos preexistentes, son un hecho propio de la Modernidad, de cuando las urbes todavía “orgánicas” dieron paso a otras más mecanizadas. De acuerdo a requerimientos urbanísticos, una iglesia era sustituible, sin costos mayores, por una avenida, una rotonda y un obelisco. El poder eclesiástico ya no podía impedir la remoción de los lugares consagrados y en todo caso influencias y privilegios se conservaron por otros medios. No por nada, en 1934, Buenos Aires había sido sede del muy connotado XXXII Congreso Eucarístico Internacional, cuya mar de procesiones fue presidida por el cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, y a causa de ello la Gran Logia de Libres y Aceptados Masones Argentinos le quitó la membresía al presidente Agustín P. Justo, el hombre que inauguró el Obelisco junto al cardenal metropolitano Santiago Copello, que lo bendijo.

## V

Y sin embargo, el Obelisco sería lugar de cita del último y desmadrado acto anticlerical realizado en este país. Los hechos, a los que el muy popular diario *Crónica* intituló como “Batalla Campal con Heridos, Detenidos y Destrozos”, ocurrieron a comienzos de abril de 1987, días antes

de la llegada del polaco Karol Wojtyla, más conocido como Juan Pablo II. A pocas cuadras ya estaba levantado el altar desde donde el pontífice máximo dirigiría su palabra a la multitud de fieles. La protesta blasfema, culminada en refriega, había sido convocada por un “Comité Contra la Visita Papal” y sus protagonistas eran, según los diarios, “jóvenes que vestían a la usanza punk y proclamaban un anacrónico anarquismo”. De un momento para el otro, según el cronista enviado a cubrir el acto, “aparecieron las extrañas figuras de los muchachos punk con sus gruesas cadenas pendientes, sus aros llamativos, la ropa negra, el cabello erizado en punta, muñequeras con puntas salientes de acero y botas de cuero tachonadas de figuras aceradas, constituyendo un conjunto llamativo y extraño que desplegó pancartas con inscripciones de claro sentido antipapal: Fuera Wojtyla”. Casi de inmediato la Policía Federal recurrió a la diplomacia violenta, sin excluir chorros de agua emergidos de carros hidrantes. Algunos punks iban montados en motocicleta y justo arribaron al lugar otros manifestantes en moto que nada que ver. Eran chicos a los que por entonces se denominaba “mensajeros de agencias” y que pretendían realizar una demostración en apoyo de sus demandas laborales. Según el diario: “Este cruce de motocicletas produjo cierta confusión entre los policías, algunos de los cuales lucharon entre ellos al entremezclarse efectivos policiales de civil con aquellos otros que reprimían”. En fin, que todos recibieron bastonazos a mansalva, incluyendo transeúntes, mirones y despistados, amén de los reporteros. Se añadió algo más de confusión porque muchos de los que se acercaban a curiosar se pusieron a entonar los versos de la Marcha Peronista a voz en cuello y también encajaron lo suyo. Todo terminó con veinte heridos y cien detenidos. Quedaron inscriptos grafitis y letras A en las paredes del Obelisco, hasta que los operarios municipales las dejaron inmaculadas y acharoladas como antes. Esa “Marcha Contra el Papa” fue el último estertor del anticlericalismo en Argentina. ¿Pero por qué en el Obelisco? Quizás los anarquistas lo tenían por puñal que apuntaba al cielo.

## VI

Mientras en Buenos Aires se construía el Obelisco, otro monumento imponente estaba siendo erigido a 600 kilómetros de distancia, en la provincia de Córdoba. Era un emprendimiento privado, costado por un millonario excéntrico. Su nombre –Barón Biza– está hoy olvidado, pero en su tiempo dio mucho que hablar. Tenía prontuario: escritor, empresario, pornógrafo, izquierdista, financista de revoluciones, exiliado, habitué de prisiones, editor de periódicos de combate, huelguista de hambre, enamorado, suicida, infame. Además de ser lejano pariente de Ernesto “Che” Guevara, Barón Biza anduvo metido en política: era radical, del bando yrigoyenista, y por lo tanto antípoda política del intendente de Buenos Aires Mariano de Vedia y Mitre. Durante el golpe de estado propinado a Yrigoyen habían estado en veredas opuestas y siguieron querellando, puesto que en 1933 la municipalidad llevó a juicio a Barón Biza, acusando

a un reciente libro suyo –*El derecho de matar*– de inmoral y sicalíptico. Absuelto de culpa y cargo en abril de 1935, cuando ya la mitad del Obelisco había sido empinada, el hombre igual volvería a ser carne de tribunales diez años después y por los mismos motivos.

En 1930 Barón Biza había contraído matrimonio con Myriam Stefford, actriz de la época del cine mudo y aviadora además, una mujer intrépida que se propuso unir las catorce provincias argentinas de entonces por el aire piloteando un pequeño avión. Nadie había logrado realizar esa proeza y todos los diarios informaron profusamente a sus lectores, durante siete días, sobre los detalles de cada escala del raíd aéreo, hasta que llegó el 26 de agosto de 1931, día en que el avión se despeñó a tierra en la provincia de San Juan. Myriam Stefford, de 26 años de edad, ya no cumpliría ninguno más. A su entierro, en el Cementerio de la Recoleta, concurren miles de personas, aunque no sería ése su último lugar de residencia. En pocos años más su viudo decidiría homenajearla en grande, proyectando un mausoleo funerario que habría de ser, y lo es hasta el día de hoy, el monumento más alto alguna vez construido en este país. Por un tiempo fue conocido como “Monumento al Amor”. Las obras se iniciaron en agosto de 1935. Cuando llegó la noticia de la inminente edificación del Obelisco porteño, Barón Biza no se amilanó: dio instrucciones al constructor de la tumba, el ingeniero Fausto Newton, de hacerla aún más alta. Era un duelo, y estaba decidido a ganarlo.

La tumba, erigida a la vera de la ruta que conduce al pueblo de Alta Gracia –nombre apropiado– tiene forma vertical, de ala de avión, y para asentar los cimientos cien obreros excavaron la tierra hasta una profundidad de quince metros. En ese hueco se vertió la primera colada de cemento, y allí, una vez enfriada, se realizó una ceremonia singular que fue presenciada por unos pocos invitados. Sobre esa base se depositó un cofre de metal que a su vez contenía un tubo de cristal, que a su vez resguardaba las joyas –brazaletes, perlas, rubíes, esmeraldas y un diamante– que habían sido obsequiadas a Myriam Stefford por Barón Biza, por valor de un millón de dólares de la época. Un candado clausuró el cofre. Luego, se derramó el resto de la colada de cemento, clausurando lo que ya es caja fuerte imperecedera. El resto del mausoleo, recubierto de mica destellante, cuyo brillo ha menguado mucho, se alza hacia el cielo y para llegar a su ápice hay que caracolear por 400 escalones interiores. En el vértice hay dos ventanas y hasta se instaló un faro para orientar aviones. Para ingresar al monumento hay que traspasar una puerta de hierro, grabada con el nombre de Myriam Stefford y una advertencia: “Maldito sea el Violador de esta Tumba”. En uno de los muros hay dos ranuras caladas, una vertical y otra horizontal, que permiten a la luz transmigrar en forma de cruz hasta la bóveda donde está sepultada la aviadora. El monumento funerario, de 82 metros de altura, fue inaugurado en agosto de 1936, tres meses después del Obelisco porteño, que sólo alcanza los 67 metros. La voluntad megalómana de un individuo había superado la de la Intendencia de Buenos Aires. Significativamente, veinte años después, Barón Biza ganaría la concesión municipal para administrar las dos galerías subterráneas que rodean al Obelisco bajo tierra.



## VII

Hubo intentos de conjurar su blanca palidez, lo que es decir su refracción al desciframiento. Alguna vez la artista Marta Minujín recubrió la base del Obelisco con helado de distintos gustos para que los paseantes pudieran degustar “el palito” a gusto y placer, así como también forjó una réplica abarrotada de pan dulce y otra más terminó acostada en alguna bienal de arte. Otra vez, José López Rega, alias “el brujo”, Ministro de Bienestar Social durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón, convirtió al Obelisco en el árbol de navidad más alto del mundo y cierta otra vez un grupo llamado La Organización Negra lo utilizó para actos de alpinismo, concitando la atención de la multitud, y también llegó el día en que amaneció revestido por una enorme y estrecha tela rosada a fin de conmemorar el Día Internacional de Lucha contra el SIDA, y aún en otra ocasión se le enrolló un revestimiento con forma de lápiz, para recordar la desaparición de estudiantes de escuela secundaria durante la dictadura del general Videla. El Obelisco había devenido, no ya popular, sino incluso amigable, y para usos que otrora hubieran sido impensables, por no decir irrespetuosos, para sus constructores originales, gente más solemne. Ya era lugar de congregación, y la política, el deporte y el arte, tres lubricantes infaltables de las ciudades contemporáneas, monopolizaron las convocatorias. Espacio de festejo entonces.

En el caso de los triunfos futbolísticos, el culto fálico al Obelisco alcanza envergadura máxima, puesto que se festeja el ultraje cometido al rival en campo de juego, un ardor popular que suele acabar en desmanes y desórdenes. También, aunque de forma más disciplinada, la rotonda de la Plaza de la República es área de confluencia de pasiones políticas, punto de encuentro de distintas banderías, sean los cuantiosos contingentes de militantes prestos a marchar –rutinariamente– hacia la Plaza de Mayo o el millón de personas que a fines de 1983 concurrieron, allí mismo, a los cierres de campaña tanto de la Unión Cívica Radical como del Partido Justicialista. Pero una vez que, en política, acontece la decepción, la zona puede trastocarse en escenario espontáneo de protestas, escaramuzas y batallas en toda la línea, como las sucedidas en los últimos días del año 2001, al borde de la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, cuando los embates policiales, las corridas caóticas y los gases lacrimógenos transformaron esas pocas cuadras en paraje fantasmagórico. La consiguiente balacera terminó, como en toda guerra, con muertos y heridos. Parecía el Obelisco, en aquella oportunidad, la torre de un castillo por el cual se bregaba, siendo en verdad inexpugnable.

Aunque de consistencia pétreo –muro de los misterios–, a veces, si avizorado de refilón y al sol, el Obelisco ostenta una fugaz y envolvente refulgencia, un brillo metálico y cautivante, como si estuviera imantado, particularmente su distante punta, que fuerza la vista, y quizás por

eso uno de los acontecimientos más notables allí sucedidos fue la hazaña acometida por la troupe de la compañía circense Die Zugspitz-Artisten. “Zugstipz” –“camino a la avalancha”– es el nombre de la montaña más alta de Alemania, y los “artisten de montaña” que viajaban por el mundo con su “Espectáculo Maravilloso de Sensación Única” desembocaron en Argentina en marzo de 1952 para amenizar la segunda asunción a la presidencia de Juan Domingo Perón, un estadista que, como es sabido, nunca descuidó la escenografía ni escatimó sorpresas y extravagancias a sus seguidores. Los funámbulos contribuyeron a la fiesta con un número de equilibrismo llamado “La Travesía de la Muerte”: paso a paso, fueron deslizándose sobre un cable de acero tendido entre la punta del Obelisco y un edificio en diagonal y hasta lo hicieron con los ojos vendados y también en motocicleta. No les estaba permitido dar pasos en falso. Más fácil era hacer equilibrio sobre los torrentes de las Cataratas del Iguazú, cosa que también hicieron.

No siempre hubo fiesta, también espantos. En las malas épocas que parecían durar para siempre y justamente por ser núcleo ineludible de la ciudad –si las ciudades fueran barcos, el Obelisco sería su mástil–, el lugar fue elegido para emitir mensajes ominosos. En 1975, año en que 800 personas fueron víctimas de asesinatos políticos y en que demasiados cadáveres eran arrojados a las calles sin más, el gobierno municipal hizo instalar en la mitad del Obelisco un gigantesco aro giratorio con cuatro palabras visibles en 360 grados alrededor: “El Silencio Es Salud”. En apariencia, el cartel interpelaba a los automovilistas de bocinazo fácil, pero el mensaje era apto –y elocuente– para todo público. Recuérdese que por entonces los agolpamientos de transeúntes eran disueltos por una repetida cantilena en boca del policía de turno: “Circulen, circulen”. Poco después, a las paradas de colectivos se les superpondría el letrero “Zona de Detención” en tanto los hoteles para el amor, llamados “Alojamiento”, serían forzados a adoptar un eufemismo que preanunciaba la eventual zozobra: “Albergues Transitorios”. Eran advertencias y nadie puede decir que pasaban desapercibidas. ¿Cómo alegar otra cosa, si en julio de 1976 un hombre atado y amordazado fue bajado a la rastra de un auto y fusilado contra una de las paredes del Obelisco? Mucho antes, durante su construcción, un obrero había caído al vacío, es decir a la muerte, pero era otro tipo de víctima sacrificial.

## VIII

En la antigua Roma existía la costumbre ritual de la “Marcha Triunfal”. Cuando un general derrotaba a un ejército enemigo, o bien doblegaba a un pueblo díscolo de las fronteras, o bien sometía un territorio antes de ser incorporado al Imperio, el Senado Romano lo autorizaba a realizar un ingreso glorioso en la ciudad junto a sus soldados para recibir los vítores de la multitud. En el desfile se exhibían los prisioneros de rango, los más prominentes, atados con cadenas, y al final de todo pasaban los del montón. Todos eran sacrificados al culminar la parada. Al gentío

también se les mostraba, en carromatos colmados al efecto, las joyas y objetos forjados en metales preciosos que eran el fruto del saqueo, así como muestras incautadas del acervo cultural de los pueblos vencidos. Incluso los obeliscos resultaron ser trofeos transportables. De Egipto, Roma se llevó diez. Uno de ellos, de 25 metros de altura, que en un tiempo estuvo en el Circo Máximo, está ubicado hoy en la Plaza del Vaticano, frente a la Iglesia de San Pedro. Curioso destino para un emblema del paganismo. Otro obelisco, llamado “Agonalis”, de 30 metros hacia lo alto, corona la Fuente de los Cuatro Ríos, que fue esculpida por Gian Lorenzo Bernini en 1651 para ornamentar la Plaza Navona. La Fuente celebra y conmemora a los afluentes caudalosos del mundo, siendo uno de ellos el Río de la Plata y los otros el Nilo, el Ganges y el Danubio. También Constantinopla “importó” obeliscos egipcios, y con el tiempo, ya en el siglo XIX, se desató entre las potencias occidentales –Francia, Inglaterra, Estados Unidos– una especie de fiebre por agenciarse un obelisco auténtico para sus capitales. Más adelante muchas otras capitales tendrán los suyos, aunque contruidos ex profeso, a imitación de los originales. Había llegado el tiempo de la egiptomanía.

Trasladarlos –en barco– era tarea ardua, pero factible. Más complicado había sido, en la Antigüedad, cincelarlos, acarrearlos y alzarlos en sus sitios originales, proceso del cual sabemos poco y nada. Pero ahora eran objeto de requisa, a veces desarraigándoselos –así nomás–, a resultas de la conquista. Otras veces eran tributos entregados por el débil o el colonizado para adular o aquietar al poderoso, y no faltaron los obsequiados de motu proprio a países imperiales, que podían tardar décadas en llegar a destino. Por ejemplo, las “Agujas de Cleopatra”, dos gemelas de la época de la dinastía egipcia XVIII, uno llevado a Westminster, en Inglaterra, y el otro al Central Park de New York, fueron regalos de distintos gobernantes del moderno Egipto. Este tipo de traslados seguía las rutas del comercio y el poder naval, y se inscribían en un proceso más general de remoción de obras de arte –frisos, cerámicas, estatuas– de culturas antiguas o de países exóticos, conseguidas por la fuerza bruta, la adquisición a precio de ganga, o los traspasos facilitados por profanadores de tumbas o de sitios arqueológicos. Todo acababa almacenado en museos. En el caso de los obeliscos, la ciudad entera pasaba a ser sala de exposición. En su origen, obeliscos y pirámides servían a una motivación tan antigua que su genealogía se pierde en el tiempo y que está vigente hasta el día de hoy: la fascinación por los símbolos del poder.

La proeza de izar el Obelisco porteño en apenas dos meses y la familiaridad de su presencia hace olvidar a los obreros asalariados que lo erigieron –bloque por bloque–. En el caso de las antiguas pirámides y obeliscos, la organización y eficiencia de los miles de esclavos y artesanos a sueldo sólo pudo lograrse a partir del mito del poder sagrado de los gobernantes, a quienes había que garantizarles la inmortalidad. Los vivientes construían, con la sola fuerza de sus brazos, una ciudad para los muertos, el así llamado “Valle de los Reyes”, un enorme predio de palacios de la eternidad donde fueron siendo sepultados faraones y otros miembros de la clase dominante –incluyendo gatos–. Los instrumentos y maquinarias a que se recurrieron por entonces

eran rudimentarias, por comparación con las que disponemos en nuestra actualidad, pero son equivalentes en ciertos parangones fundamentales, a saber, que existió un centro coordinador de la realeza que impuso disciplinadas tareas a ser realizadas y que la organización colectiva que hizo posible esas obras estaba compuesta de cuerpos humanos. Era una máquina orgánica dirigida a un único y supremo objetivo: perpetuar el nombre del monarca en piedra sobre piedra –faústica, cegadoramente–. La entronización de tótems, tanto los arcaicos como los contemporáneos, es realizada por incontables seres diminutos, que añoran ser lo que jamás serán.

Hoy en día, muchas “maravillas del mundo” de índole técnica también deslumbran a sus admiradores –turistas, fisgonos de Internet, forofos de cuanto más grande mejor, cultores de lo “extra-large”–, que no perciben que sus propias existencias están encadenadas a una impávida rutina mecánica, puesto que así funciona la ciudad: sus procesos laborales, sus esquemas de circulación, de concentración y desconcentración de población, sus lógicas comunicacionales conectivas, sus hábitos de consumo. Es una marcha grandiosa pero orbicular, tan señalizada como monótona. También en torno a la Plaza de la República, automovilistas y pasajeros en tránsito repiten su circuito cotidiano, interrumpido apenas por la súbita aparición del Obelisco, a fin de cuentas una presencia habitual –pero extraordinaria– y a la cual se le rinde una rauda pleitesía, como de ojito, vistazo que busca y no logra apresar la incógnita sellada intramuros.

## IX

Aún cuando se tratase de una pirámide asentada en plena plaza mayor, la suerte le fue algo esquivada: la desatención, la mirada de soslayo, por momento la inadvertencia. En otros tiempos hubo sitios de congregación más usuales que la Plaza de Mayo. Los socialistas solían culminar sus actos en Plaza Constitución; los anarquistas, en Plaza Lorea, próxima al Congreso; y más adelante los peronistas recurrirían también a la Avenida 9 de Julio y al Monumento al Trabajo, cercano a la sede de la Confederación General del Trabajo. Incluso una fuente –la de Plaza de Mayo– podía devenir en símbolo, sino fetiche, más relevante que la pirámide contigua. Aunque el Obelisco ha sido sitio de concentración, el subsiguiente rumbo de los marchantes siempre fue la Plaza de Mayo, tanto para manifestar apoyos o repulsas a gobiernos y hayan sido civiles o militares –y a favor o en contra–. Pero la orientación de la mirada y de las efusiones se dirigió siempre, casi exclusivamente, hacia la interacción entre la Casa Rosada –su balcón– y el mar de banderías y pancartas que terminaban por sumir todo otro emblema político de peso, incluyendo Pirámide y Cabildo, en un implícito desierto. Piénsese que, durante el ataque aéreo a la Plaza de Mayo de junio de 1955, las bombas estuvieron a punto de arrancar la pirámide de cuajo. Sólo cuando la plaza –ese teatro de la política– fue restringida al grado cero de su función –la representación–, sucedió algo imprevisto, y entonces aquella pirámide dejó de sernos

indiferente. Ocurrió en 1977, en el mes de abril, un día jueves, y por entonces había dictadura y cacería humana en toda la ciudad, y fue allí que se congregaron, clamando por sus hijos e hijas, unas pocas madres –pañuelos blancos– que eran hostigadas por la policía y otros cancerberos y hasta agraviadas por gente “común y corriente”. Conminadas a circular –regía el estado de sitio–, lo hicieron alrededor de la Pirámide de Mayo en compañía de unas pocas personas valientes, que demasiadas veces eran llevadas a la comisaría nada más alejarse un poco, incluso antes de poner un pie fuera de la plaza en sí misma. Lo cierto es que, tanto tiempo después, en torno al símbolo del adiós a la Colonia, se recusaba nuevamente a los dictadores. Ya es un episodio esencial e inextirpable de la historia nacional –y universal–. Con justicia, las cenizas de Azucena Villaflor –una de las fundadoras de las Madres de Plazo de Mayo, desaparecida a su vez al salir de la Iglesia de la Santa Cruz meses después de haberse realizado la primera marcha en torno de la Pirámide–, fueron depositadas a su vera.

## X

En lo más alto hay cuatro ventanas, cada una orientada a un punto cardinal distinto. Tiene entonces –el Obelisco– un rostro radial, como el de los cíclopes de antaño, cuyo nombre significa “los que miran todo a su alrededor”. Eso es lo propio del poder: ver, sin ser visto; escudriñar y supervisar, eludiendo toda fiscalización; abrir una visibilidad, manteniendo los mecanismos y resortes de la dominación en la opacidad. El poder combina la representación de rituales y espectáculos que lo vuelven manifiesto y majestuoso con la administración del secreto, lo que supone cortapisas al “hombre del común”. Siempre ha sido así: el príncipe, el sultán o quien presida se hace ostensible en el ápice en tanto sus diligentes burocracias recolectan y archivan información que apunta y lubrica el mecanismo de la jerarquía. Luego, la policía secreta, a medida que se fueron asentando los estados totalitarios del siglo XX, se inmiscuiría por el resto de las rendijas, los dobles fondos y las cloacas también. Y tampoco es que los regímenes democráticos quedaron exentos de dobladillos y repulgues, consustanciales al principio de autoridad, con sus concomitantes beneficios para detentadores y entenados. Los servicios de inteligencia, que registran y acaparan el “inconciente” de una nación, hoy “ven” a través de las redes informáticas, que no lo son sólo de la interactividad colaborativa sino también de la vigilancia y el control. Merced al hecho de que el ciudadano “conectado” se ha ido transformando en un delator de sí mismo, nunca como hasta ahora ha habido tantos datos “privados” en manos de las autoridades, archivados dentro de una caja negra que es refractaria a la transparencia. Y a pesar de la actual propagación de las supuestas bondades de las redes sociales y de la presunta apropiación recíproca de empoderamientos, la imaginación política sigue siendo, en todo el mundo, “elevada”, y por lo tanto el itinerario o vía regia de aproximación es ascendente y

escarpado, y todos saben que la cima –y el panorama privilegiado– es para pocos. Mientras más erectos estos monumentos, más se adecua la mirada a la imagen tradicional del poder. Por lo demás, un panóptico puede adoptar diversas formas sin cambiar de propósito. Se lo disimula. La cuestión es que la ciudadanía nunca ha tenido acceso al interior y a lo alto del Obelisco, que es hueco, en tanto los antiguos eran macizos. Durante décadas y décadas sólo los empleados de mantenimiento ingresaron allí. Y también –cabe conjeturar– algún jerarca que se daba el gusto de contemplar sus dominios. En otras épocas, si se deja de lado a gobernantes, cortesanos y sacerdotes de culto, quienes se atrevían a penetrar en interiores eran tratados como profanadores.

## XI

Imposible saber cuál será la suerte de Buenos Aires al cabo de los siglos. Ninguna ciudad tiene el porvenir garantizado. Muchas urbes poderosas de la Antigüedad ya no figuran en los mapas o son ruinas de interés exclusivamente arqueológico o turístico. Cartago fue destruida en cuatro semanas; Tenochtitlán, luego de un asedio de ochenta días; Dresde quedó arrasada en un infierno de destrucción cuando una escuadra de mil bombarderos liberaron su carga en cuatro ataques consecutivos. Hiroshima sucumbió a una sola bomba, en un instante, y por completo. A lo largo de la historia, cientos, miles de ciudades fueron sitiadas, saqueadas y devastadas. Si Buenos Aires fuera assolada por una peste bíblica o bien obligada a mudarse de lugar, igual quedaría el Obelisco allí, erguido e inescrutable. Lo último en pie.

## XII

A la punta del Obelisco se le llama “piramidón”. Se hace difícil percibirla, no por escondida, sino por alejada, aunque si alguien nos contemplara desde allí arriba, lo haría como si fuésemos liliputienses, pequeñas limaduras gravitando hacia el electroimán. Sólo a ras del piso estaríamos en igualdad de condiciones. De modo que, al vértice, o bien se lo toma por asalto o bien se lo desmocha, un apeamiento equivalente a la decapitación –más bien al degüello–. Esa fue una práctica habitual al final de las batallas entre las distintas facciones que en el siglo XIX se disputaron el derecho a organizar la Argentina, cuando no fue el remate –el ucace– ordenado por el jefe de algún bando momentáneamente victorioso, y todo vinculado, además, con la industria de las reses, pues el matarife solía ser, también, el más hábil degollador de cristianos. ¿Y acaso el Obelisco no está emplazado entre las calles Lavalle, un general que terminó con la cabeza separada del cuerpo, y Sarmiento, que asimismo portaba rango de general y que aplaudió la decapitación del caudillo provincial Ángel Peñaloza? No han desaparecido del todo los fantasmas de aquellas guerras civiles fraticidas, por más que hayan cambiado de método.

Descabezar el Obelisco sería, conjeturalmente, como dar de baja a una cabeza coronada –obsesión anarquista–, usanza principiada durante la Revolución Francesa con el “invento” del Dr. Joseph Guillotin, alguna vez intitulado “Civi Óptimo”, o sea, ciudadano ilustre. Recuérdese que el seccionamiento de la testa del rey Luis XVI, en 1789, hizo cimbrar a Europa, y, por carácter transitivo, hasta el último confín del mundo, ya que los emblemas de poder se yuxtaponían al culto sacralizado de la personalidad que ocupara el trono en un momento dado, fusión que se transmitió a posteriores regímenes conducidos por líderes carismáticos. La divinidad del poder y la magnificencia de sus símbolos hacían –hacen aún– “arco voltaico”. De allí la posibilidad de arrear multitudes dispuestas a construir obeliscos y pirámides, como después castillos y palacios, y ciudades fabriles y parques temáticos, o bien fortificaciones pentagonales y bases espaciales. Era divino obedecer y quizás el Obelisco –ese adorno– sea la reminiscencia apenas reprimida del respeto sacro por el poder. Quienquiera ingresar al piramidón, tendrá que optar por ser parte del “ojo que todo lo ve” o del común de los mortales. Sopesará su alma, más que la vista.

Obeliscos y pirámides, entre otros monumentos formidables, ya desde antiguo son emblemas hipnóticos y herméticos. Así han sido imaginados, venerados y temidos. No por nada, las publicaciones anarquistas de hace cien años incluían grabados en los cuales el poder era mostrado bajo la forma de una torta de bodas piramidal, sostenida en su base por el grueso de la población mientras en la cumbre unos pocos se daban un festín. Nuestra imaginación política ha tendido a ser, casi unánimemente, vertical, y así seguirá siéndolo, al menos mientras se imagine, venere y tema con mirada absorta hacia arriba. Y sin embargo, esos símbolos se mantienen firmes y rotundos en tanto y en cuanto se crea en ellos. Si no se lo hiciera, su supremacía –ese peculiar espacio tensado entre lo sacro, lo temible, lo erótico y lo inaccesible– se desplomaría en pocos instantes. Es cuestión de averiguar –sacrilegio mediante– qué hay adentro. Quizás no haya nada, nada más de que lo que sus idólatras depositan en ellos. Y por eso simbolizan –a la vez– el todo y la nada.